

Hyde, Polignac y Valoris asintieron con una inclinación de cabeza.

— Entonces, no hay más que hablar, señores, — exclamó Polignac. — Y para facilitar la empresa de nuestro amigo, debemos abandonar París ostensiblemente. Vos, Jorge, volveréis á Bretaña; vos Hyde, regresad á Inglaterra, cerca de los príncipes, y vos, Valoris, pasad á Alemania. En cuanto á mí, tengo que hacer en Ruán. Creyéndonos dispersados, la policía se tranquilizará, abandonará la vigilancia y Saint-Regeant podrá operar más libremente. ¿Cómo os las arreglaréis, Saint-Regeant?

— Señores, pido que se me dé carta blanca en el asunto. No emplearé más que uno ó dos ayudantes, y eso en el caso de imprescindible necesidad; así y todo, no sabrán hasta el último momento de lo que se trata, porque no creo en los secretos que tiene que guardar más de uno. Por lo demás, voy á imitaros y á salir de París. Ya volveré en el momento oportuno.

— ¿Cómo podremos tener noticias vuestras?

— De ninguna manera. Ya oiréis el ruido de la explosión. Eso os servirá de aviso.

— Abracémonos, querido amigo, — dijo Cadoudal; — porque dudo mucho que nos volvamos á ver. Encomendaos á Dios, mientras yo os recomendaré al Rey.

Y estrechando al joven contra su ancho pecho, le dió la acollada. Después, los seis hombres se dieron la mano, y uno tras otro abandonaron el saloncillo secreto de *El león rojo*.

CAPÍTULO VII

El pabellón de Hanóver era una elegante fábrica en rotunda, del más puro estilo siglo XVIII. Construído por el mariscal de Richelieu después de la campaña de Alemania, fué nombrado así por la ironía popular, que de tal manera exteriorizaba la sospecha de que había sido pagado por el duque con dinero procedente de la guerra. Demolido el palacio Richelieu por orden de la Convención, el pabellón en rotonda había sido conservado y arrendado á un empresario de bailes públicos, y allí fué donde, después de Termidor, se reunió la sociedad parisiense tan largo tiempo privada de distracciones. Allí se celebraron aquellos bailes llamados «de las víctimas», á los cuales, los descendientes de personas muertas en el patíbulo ó asesinadas durante el Terror, acudían llevando en el rostro ó sobre los vestidos señales recordatorias de las heridas á que habían sucumbido sus parientes. Tal gran señora, cuya madre había sido guillotínada, se presentaba con una línea roja alrededor del cuello; tal otro pisaverde, cuyo padre había perecido en Vandéa de un tiro ó de un bayonetazo, mostraba en los ves-

tidos el agujero sangriento hecho por el hierro ó por el plomo. Algunos vestían chalecos de piel humana, llevando aún las huellas de las heridas recibidas. ¡ Procedimiento feroz para excitar á la reacción y á la venganza, de donde salieron todas las tentativas de los clichyanos y que acabó en la tremenda barrabasada de San Roque! Pero, bajo el Consulado, después de los años de calma, después de las satisfacciones de la paz de Amiéns, la sociedad parisiense no pensaba más que en distraerse sin reticencias y en divertirse sin fastidio.

Los bailes del pabellón de Hanóver eran frecuentados por la burguesía, que en tales reuniones se desquitaba de la larga abstinencia á que la obligaron dolorosas vicisitudes. Allí los pisaverdes rivalizaban en elegancia con los brillantes oficiales del ejército victorioso; desplegaban sus gracias las jóvenes á la moda y en los descansos, los ziszás y las miradas lánguidas de los alumnos de Vestris contrastaban con la fogsidad brillante de los vencedores de Hohenlinden y de Marengo. Próximamente á las diez de la noche, el ciudadano y la ciudadana Lerebourg llegaron á la extensa galería de la planta baja. Emilia, con hermosísimo vestido de muselina de India, ceñido encima del talle por una pretinilla de seda azul pálido, adornados los hombres desnudos con un collar de camafeos á la antigua, peinada á la griega con cintas del mismo color que su cintura, provocaba murmullos de admiración al atravesar por entre la concurrencia. Su marido, en frac azul con chaleco blanco, pantalón de gamuza y botas vueltas, la seguía sonriente, con aire de hombre satisfecho.

La danza estaba muy animada. Emilia, de una ojeada, descubrió un grupo de mujeres en el que se encontraban varias personas conocidas suyas, y allá se encaminó buscando un sitio que dos elegantes sentados cerca de unas hermosas jovencitas se apresuraron á ofrecerla. En este grupo

descollaba la rica señora de Letourneur, cuyo marido era el rival de Biennais, orífice del Primer Cónsul; y á su lado veíase á las ciudadanas Letellier, esposa de un importante proveedor militar, y Bejarride, cuyo marido era el tesorero-pagador del ejército. Un verdadero estado mayor de oficiales rodeaba á la ciudadana Junot, cuya hermosa figura y blondos cabellos agradaban tanto como su ingenio fino y mordaz, y, finalmente, madama Hamelin, la criolla, á quien habían dado el remoquete de « la hermosa fea », que acababa de entrar del brazo del brillante Montroud. Por un momento, durante un intervalo de descanso entre dos danzas, habíase entrevisto el vestido flotante y los hombros de mármol de madama Tallien, en medio de una fila de admiradores. Pero el oleaje de los danzarines tomó nuevamente posesión de la sala, y la imponente Nuestra Señora de Termidor había desaparecido escoltada por su corte. Apenas habíase sentado la ciudadana Lerebourg, cuando exclamó su marido :

— ¡ Ah ! Ahí está el ciudadano Leclerc...

Saint-Regeant, rebosando juventud, sonriente, avanzó hacia Emilia para saludarla. Iba acompañado de un personaje de aspecto vulgar, pero ricamente vestido, que le trataba con familiaridad.

— Preséntame á tus amigos, Leclerc — dijo con tono brusco. El viajante, que acababa de estrechar la mano de Lerebourg y de saludar á Emilia, hizo pasar á su compañero delante de sí :

— El ciudadano Limoelan... compatriota á quien acabo de encontrar en estos salones, cosa que ni remotamente esperaba... Cultiva más á gusto el juego que la danza...

— Efectivamente, he venido por azar... Pero me felicito de haber venido, hermosa señora, puesto que ello me ha proporcionado el honor de saludaros...

Y volviéndose hacia Lerebourg, añadió :

— Tengo aquí una cita con ese bribón de Faypoult, el comisario del gobierno, que ha saqueado sin contemplaciones el reino de Nápoles durante la conquista... Tiene una cuentecilla pendiente conmigo, y hace falta Dios y ayuda para obligarle á liquidar...

— El dinero — respondió alegremente Lerebourg — es más fácil de tomar que de dar...

La orquesta acababa de preludiar una danza; Saint-Regeant ofreció el brazo á Emilia y ambos se perdieron en el torbellino...

— Pardiez, ciudadano — exclamó Limoelan — estamos en mitad del barullo... Vamos al ambigú... Allí hará menos calor, y podremos refrescar á gusto...

Emilia y Saint-Regeant habían atravesado los salones bailando, deteniéndose al llegar al umbral de una galería convertida en jardín de invierno. Al abrigo de miradas indiscretas, sentados por grupos, pisaverdes y preciosas coquetearon tranquilamente, lejos del tumulto de la fiesta. En aquel lugar tan tranquilo habíanse refugiado las hermosas y sus galanes, bajo la fronda de árboles exóticos, en la atmósfera refrescada por las plantas, entre los bosquecillos que los ocultaban á las curiosidades banales. Saint-Regeant y Emilia entraron despacito, y poco cuidadosos de observar, deseosos de misterio, caminaron hasta una pequeña rotonda, al pie de un tazón de mármol cuya cabeza de delfín dejaba correr el agua cantarina. Separados de la muchedumbre por una cortina de verdura, aprovecharon el aislamiento de aquella soledad para sentarse. Saint-Regeant tomó una mano de Emilia, y la llevó á los labios sin que la joven hiciese esfuerzo alguno para impedirlo.

El rostro de la hermosa Emilia pareció melancólico, y una pregunta surgió de sus labios como si en ella concen-

trara toda la fuerza de un pensamiento dominante :

— ¿Es verdad que os vais mañana?

— Sí; no tengo más remedio. Mis negocios lo exigen.

— ¿Vuestros negocios? ¿Tenéis una ocupación real?

— Ciertamente, y es indispensable que me emplee en ella con asiduidad. Pero no estaré ausente mucho tiempo.

— ¿Cuánto?

— Una semana.

La sonrisa reapareció en los labios de madama Lerebourg.

— ¿Y volveréis para quedaros definitivamente en París?

— Sí.

— ¿Y os volveremos á ver por *El gorro azul*?

— Seguramente, puesto que tendré que ir á dar cuenta á vuestro marido del resultado de las comisiones que me ha confiado.

Emilia meneó la cabeza con malicia :

— No os acostumbréis á tratarme como una tonta que no ve más allá de sus narices. ¿Esperáis hacerme creer que sois viajante en terciopelos y sedas?... ¡ Vos... el caballero de Saint-Regeant... !

— Yo, Víctor Leclerc... el amigo del señor Lerebourg... que no sentaría jamás á su mesa á Saint Regeant... Vuestro esposo agasaja al viajante que le prestó un servicio, y que quizá pueda serle útil todavía... Él no conocerá nunca mas que á Víctor Leclerc...

— Pero yo, yo conozco á Saint-Regeant, y no estoy segura ni mucho menos de las intenciones que le han movido á ocultar su verdadera personalidad... ¡ Me parece adivinar algo terrible relacionado con la política ! ¡ Prometedme que no arriesgaréis vuestra vida en una aventura !

— ¡ Sois una loquilla encantadora ! — respondió Saint-Regeant mirando á Emilia con tanta ternura que ella bajó los párpados. — Si yo me he disfrazado, no ha sido más que

para poder aproximarme á vos... No hay otra causa...

— Y la extraña intervenciónde madama Bonaparte, la otra tarde, cuando nos dejó marchar á mi marido y á mi y se quedó á solas con vos... ¿no era cosa convenida de antemano?

— ¡ Ah !, no diré yo que no tenga tratos con el gobierno, y que Bonaparte no esté en relaciones conmigo... Pero eso debe de tranquilizaros... Si soy un adicto al Primer Cónsul, no tengo nada que temer, al contrario...

— Todo eso es muy confuso... Una pobre mujer como yo no puede comprenderlo bien, y si os conviniere abusar...

— ¿Sería yo capaz de hacerlo, Emilia? ¡ Ah ! ¿Qué opinión tenéis de mí? Cuando yo digo que os adoro, no hay una sola palabra que no salga de mi corazón...

— Sí, cuando me habláis así os creo sincero... Pero hace un momento, me pareció entrever no sé qué artificios, que me asustaron...

— Os lo suplico, querida Emilia, no os torturéis la imaginación... No intentéis adivinar lo que constituye el misterio de mi vida... Entre nosotros dos, no debe existir otra cosa que amor... No hay nada en el mundo que pueda impedir que mi corazón os pertenezca por entero y que reinéis en él como soberana absoluta. Contentaos con esto, que es lo mejor que os puedo dar, y concededme en cambio un poco de simpatía...

Á Emilia se le arrasaron los ojos de lágrimas :

— ¡ Ingrato ! — murmuró. — ¿No sabéis ya que no tengo para vos más que cariño? Habéis tenido por aliados cerca de mi corazón, todos mis recuerdos de juventud. El primer día que os vi, me pareció que volvía á encontrar de nuevo mi Bretaña natal, con mis padres, con mis amigos, con todo cuanto perdí. Me habéis encadenado con los eslabones de mis pensamientos... No creáis que soy una mujer vana y ligera

porque haya cedido tan pronto al encanto de vuestras palabras. Hasta el día en que os vi, las galanterías me habían dejado indiferente, y por nada del mundo me hubiera arriesgado á poner una sombra en el honor de mi marido... Pero la fatalidad me hizo encontraros en mi senda, y un sentimiento dulce y cruel á la vez me turbó... ¿Qué va á ser de mí ahora? Me parece que ya no me pertenezco y que todo, en mi existencia, os está subordinado. Os lo ruego : tened piedad de mí; no me hagáis sufrir...

— ¡ Angel querido ! — exclamó Saint-Regeant; — no esperéis de mí pena alguna. ¡ No hay un solo latido en mi corazón que no sea por vos !

— ¡ Ah !, no temo que me hagáis sufrir voluntariamente; tengo fe. Pero los acontecimientos á los cuales sospecho que está vuestro nombre mezclado, pueden alcanzarme... Eso es lo que temo...

— No... vos no conocéis más que á Víctor Leclerc... Y precisamente por todas esas inquietudes que me acabáis de expresar, es necesario que continuéis no conociendo más que á él... Si Saint-Regeant se viera comprometido, lo será solo, y no os arrastrará tras de sí...

— ¡ Ah !, tengo más miedo todavía por vos que por mí.

Saint-Regeant se inclinó hacia ella. Casi invisibles al abrigo de un latania cuyas ramas se inclinaban hacia el suelo, la música del baile no llegaba hasta ellos sino como un murmurio melodioso. Solos, uno en frente de otro, turbáronse sus ojos, y un estremecimiento recorrió sus labios. Dulcemente, Saint-Regeant pasó el brazo alrededor del talle de Emilia, la atrajo hacia sí, y un delicioso beso cantó en ellos la aproximación de dos corazones palpitantes. La joven halló fuerzas la primera para desasirse de los brazos de Saint-Regeant :

— ¡Estamos locos! Es necesario que volvamos al salón. Quizá hayan notado ya nuestra ausencia...

Se levantó. Algunas risotadas resonaron al otro extremo del jardín, donde varios oficiales formaban círculo alrededor de madama Hamelin, quien los escuchaba jugueteando con un abanico de plumas en el centro del cual brillaba un espejito. Saint-Regeant y su acompañante cruzaron lentamente, de braceró, y volvieron á la muchedumbre de danzadores. Lerebourg, sentado con sus amigos, charlaba tranquilamente cuando llegó su mujer á la que acogió con una sonrisa...

— ¿Habéis bailado mucho? — preguntó.

— No; nos hemos dedicado á recorrer los salones — respondió Emilia.

Saint-Regeant la saludó, y retrocedió unos pasos sin dejar de mirarla, alucinado por el atractivo que de su belleza se desprendía. ¡Qué contraste entre las sombrías y sangrientas preocupaciones que agitaban su espíritu y aquel dulce sueño de amor que acababa de nacer! Y como para materializarle más, apareció á su lado la ruda figura de aquel hombre que se llamaba Limoelan. Durante un instante, el espíritu de Saint-Regeant fluctuó entre la hermosa y el equívoco compañero, como si tuviese que escoger y que decidirse por uno de los dos. Mas la vacilación no duró mucho, y saludando una última vez á Emilia, tomó del brazo á Limoelan y se alejó con él. Casi vacía la sala del ambigú, los dos hombres tomaron asiento en un velador de mármol y pidieron dos bavarias heladas, sin que la señora del mostrador pareciese notar su presencia ocupada como estaba en charlar con un vejete empolvado, el mismo á quien las señoritas Hermancia y Zoe prodigaban tan amables atenciones en el almacén de *El gorro azul*. El viejecillo daba la espalda á los recién llegados, y continuó su discreto con la cajera.

Limoelan se inclinó al oído de Saint-Regeant, y le dijo en voz queda:

— Ya he puesto á Jorge en camino esta tarde. Picot y yo le hemos conducido hasta Montrouge, donde tenía preparado un relevo... Dentro de cuatro días, estará en Vannes. No ha dejado aquí más que á Carbón y á mí, á tus órdenes... Tú nos dirás lo que hay que hacer...

— Por el momento, nada. Es necesario escondernos y desaparecer, porque la policía nos anda á los alcances... Lavernieres, que valido del reconocimiento que le tenía Coster, intentaba penetrar en nuestra junta secreta, ha sido desenmascarado por Valoris; era un agente de Fouché, en oposición, á la vez, con la policía del Primer Cónsul y la del prefecto Dubois... Bajo la figura de Lavernieres, se ha descubierto la de Fergusac, que espío en el Mediodía á los compañeros de Jehú... y es probable que si se buscara bien, bajo la máscara de Fergusac se descubriese cualquier otra figura de policía... Es necesario desconfiar de todo el mundo, y no escribimos siquiera entre nosotros, ni aun empleando los nombres de guerra...

— Amigo mío — respondió Limoelan — hablas como un libro. Pero no basta desconfiar de la policía; es necesario ponernos en guardia contra el amor también... Ten en cuenta que las mujeres son tan peligrosas como los polizontes... Y harás como debes si no pierdes de vista mi consejo...

— ¿Qué quieres decir?

— Sencillamente, esto: que tengas cuidado con las seducciones de la hermosa ciudadana: á cuyo lado te he visto esta noche...

— Es una bretona como nosotros, hija de nobles, incapaz de traición...

— ¡Ahí está el peligro! La desconfianza es el primer artículo del código de los conspiradores, y, sobre todo, en cuanto

á las mujeres se refiere. El primer hombre fué entregado por la primera mujer, y con malicia ó sin ella, las mujeres han hecho cortar la cabeza á todos los jefes de partido que se han dejado prender en la red de sus seducciones. Amigo mío: rompe con esa bellísima criatura, ó renuncia á la política y vive exclusivamente del amor.

— Vamos, tranquilízate. Tus temores no son más que vanas quimeras. Por de pronto, mañana salgo de París; tengo algunas órdenes de los príncipes para las juntas realistas del Mediodía, y voy á dar una vuelta por provincias. Nadie más que tú sabe la verdadera causa de mi partida: el señor Lerebourg cree que viajo por asuntos de terciopelos y de sedas, me ha encargado hacerle algunas compras en Lión, y el polizante más hábil no podrá encontrar en mis visitas el menor indicio sospechoso, porque no pienso ver más que á fabricantes. Y ahora, vámonos. Tengo una cita con Carbón en mi posada.

Y al decir estas palabras se levantó. Limoelan golpeó con una moneda sobre el mármol del velador, y pagó el gasto.

— Te acompañaré hasta *El león rojo*.

— Como quieras. Voy á despedirme de la señora de Lerebourg, y en seguida nos vamos.

Los dos amigos entraron nuevamente en el salón de baile, y se dirigieron hacia el grupo donde se destacaba la figura de Emilia. Á su lado, el bizarro coronel Dorsenne, uno de los más brillantes oficiales del ejército, hacía gala de su ingenio sin que lograrse disipar la sombra de preocupación que nublaba la frente de la hermosa comerciante. La vuelta de Saint-Regeant la tranquilizó. El joven contempló á su amada desde lejos, y una sonrisa desfloró sus labios al verla de conversación con el militar. Ella hizo un mohín como para decirle: « ved á qué importunidades me dejáis expuesta », y él respondió indicando con una mirada burlona á su mari-

do. Madama Lerebourg se encogió de hombros y le dirigió una mirada desdeñosa que significaba: « ¡ Pobre hombre! ¿ Acaso ve algo? » Al aproximarse Saint-Regeant, Dorsenne midió con la vista un poco despreciativamente al enfadado interruptor, pero sus ojos tropezaron con una mirada tan firme y tan franca, que contuvo al instante su actitud fanfarrona.

— Os deseo una buena noche, ciudadano Lerebourg, — dijo Saint-Regeant. — Y me despido por algún tiempo, ciudadana, — añadió dirigiéndose á Emilia. — Tan pronto como esté de regreso, me apresuraré á dar cuenta á vuestro marido de mis operaciones.

— De todas maneras, en cuanto lleguéis á Lión escribidme mandándome vuestras señas — exclamó Lerebourg — por si tuviese que pedir os algún detalle ó daros algún nuevo encargo.

— Perfectamente.

Estrechó la mano del marido, besó la de Emilia, con distinción quizá demasiado aristocrática, pero agradable, y tras de un último saludo se alejó.

— ¡ Tienen gracia estos viajeros! — exclamó Dorsenne agriamente. — Emplean unas maneras que huelen al antiguo régimen á cien leguas.

— ¿ Qué queréis, coronel? — respondió Lerebourg bondadosamente. — Hoy en día todo está cambiado. Los insignificantes toman aires de grandes señores, y las personas de más valía parecen gentes sin importancia. ¡ Es necesario acostumbrarse!

— ¡ Voto á bríos! — replicó el oficial agitando los bucles, rizos como los de una mujer. — Ya nos encargaremos nosotros de colocar cada cosa en su sitio, cuando el prestigio de las victorias dé al ejército la dirección de la cosa pública. Un Primer Cónsul, ciudadano Lerebourg, no está mal, pero

no es bastante; necesitamos un Cónsul perpetuo, ó un Emperador.

— ¡Más bajo, coronel, más bajo! — interrumpió Lerebourg temeroso. — ¡Si le oyeran!

— ¿Y qué? ¿Quién iba á enfadarse? ¿Ese jacobino de Moreau, ó el realista de Pichergu? ¡Bah! En el ejército somos treinta mil veteranos, dispuestos á gritar lo que acabo de decir. ¡Bien se ha visto en Brumario, ¡ voto á!... que estamos dispuestos á no dejarnos embozar por leguleyos. ¡El diablo cargue con todos los ideólogos! Nosotros no tenemos necesidad de rompernos la cabeza: ¡ para eso está Bonaparte!

Y girando á lo húsar sobre los tacones de las botas, se inclinó hacia Emilia diciendo:

— ¿Me haríais el favor de concederme esta contradanza, señora?

— Muchas gracias, coronel; pero estoy muy cansada, y nos vamos á retirar...

— ¡Demonio! — gruñó entre dientes Dorsenne; — desde que se ha marchado el pisaverde, la hermosa no muestra interés alguno por la fiesta. ¡ Y el marido es más ciego que un topo!

Y saludando á madama Lerebourg, marchóse en busca de otras conquistas.

Calle de Port-Mahón arriba, Saint-Regeant y Limoelan caminaban silenciosamente. Llegados á la de San Agustín, se disponían á entrar por las encrucijadas del parque de los Molinos, cuando Saint-Regeant, que desde hacía rato venía mirando tras de sí, murmuró en voz baja:

— Nos siguen. Haz como que no lo notas, y alarguemos el paso.

Eran los dos jóvenes, y ágiles, y en unas cuantas zancadas se colocaron fuera de todo alcance, volvieron brus-

camente por la calle de Santa Ana, y se recataron en la obscuridad de una puerta cochera. Al cabo de pocos minutos, se oyó un paso ligero sobre la nauseabunda pavimentación de la calle; y poco después, una sombra rápida cruzó por delante de ellos sin descubrirlos y se perdió en la noche.

— Creo que haremos bien en tomar algunas precauciones — observó Limoelan. — Y tú, sobre todo, harás mejor si no reapareces más por *El león rojo*. Tenemos la policía sobre nosotros, pero ¿cuál?

— La del maldito Fouché; no puede ser otra. Todos nuestros amigos, incluso los príncipes, confían en él, y él... él tiene todo el aspecto de un traidor que cada cual se imagina dispuesto á traicionar en su favor. En realidad, es un vivo que no trabaja más que para sí. El Primer Cónsul le detesta, y mucho me extrañaría que no terminase al pie de un foso, con una docena de balas en el vientre...

— Es un renegado, un regicida, el más infame de los seres...

— Y un personaje horroroso. No le falta nada.

— Sin embargo, se le estima.

— Es que no es tan imbécil que no encuentre á quien cargarle las culpas.

Hablando así, habían llegado á las Tullerías, cerca de la calle de San Nicasio.

— Fíjate en este sitio — dijo Saint-Regeant á su compañero. — Por aquí pasa Bonaparte cuando sale de las Tullerías. Un hombre resuelto, emboscado en el ángulo de la calle de Rohán, en el entrante de esa casa, podría disparar á su gusto sobre el carruaje del Primer Cónsul, y si disponía de un arma bien cargada de metralla, un trabuco lleno de balas, por ejemplo... ¿Qué te parece?

— ¡ No es mala idea!

— Cuando vuelva de mi viaje, hablaremos nuevamente de esto. Mientras tanto, pásate algunas veces por aquí, mide el terreno, estudia los alrededores, examina las tiendas y entérate de cuantos detalles puedan ser importantes respecto á los vecinos... Cuando se juega la vida para destruir á un enemigo tan temible, es necesario preverlo y calcularlo todo...

— Comprendido, — respondió Limoelan con una mirada de firmeza — cuenta conmigo. Y, ahora, separémonos. No tienes necesidad de decirme más.

Se dieron la mano, y mientras Saint-Regeant caminaba por el lado del Palacio Real, Limoelan volvió á internarse en la obscuridad de las callejuelas cercanas. Apenas se habían separado, una sombra se destacó del ángulo de la calle, y el elegante viejecito del pabellón de Hanóver, el parroquiano de las señoritas Hermancia y Zoe, apareció á la claridad de un farol. Contempló un momento alejarse á Saint-Regeant, y murmuró luego :

— ¿Qué sería lo que han hablado examinando esta plaza? ¡ Ah, si hubiera podido escucharlo !

Y tomó por obra el camino, siguiendo á Saint-Regeant á una distancia de cien pasos. La pista era fácil porque el joven no trató de ocultarse y siguió en línea recta hacia la posada de la calle del Árbol Seco, *El león rojo*, á donde llegó á las dos de la mañana. El silencio y la obscuridad envolvían la casa. Saint-Regeant entró en la habitación del sirviente de guardia, y viendo que dormía como un tronco, con la lámpara á media luz sobre la mesa, tomó la llave de su habitación y la palmatoria, y subió á acostarse silenciosamente. El pisaverde, seguro de encontrarle á primera hora del día siguiente, siguió la calle del Árbol Seco hasta el muelle, cruzó el Puente Nuevo, dejó atrás la plaza Dauphine y llegó á la casa del señor Braconneau. Subió, abrió la puerta, entró

en la habitación destinada á sus metamorfosis, se quitó el traje que llevaba puesto, sentóse á horcajadas en una silla, se despojó de la peluca, y lavándose la cara mostró al natural el rostro de policía. En seguida pasó al comedor, abrió un armario, y cogiendo los restos de un trozo de carne asada, pan, y una botella de vino, se sentó tranquilamente á la mesa y comenzó á cenar como un buen burgués que á la salida del teatro tomara un pisco. Comió lentamente, como preocupado en profundas reflexiones, y cuando hubo calmado el apetito, encendió la pipa y se hundió en el mullido de una butaca. Al cabo de un cuarto de hora dió la última chupada á la pipa, y murmuró :

— Por hoy es bastante. Mañana, Dios dirá.

Y pasando á la alcoba, se acostó.

Como si tuviese la facultad de despertarse á la hora que quisiera, el ciudadano Braconneau abrió los ojos con las primeras claridades del alba. Saltó de la cama en medias, y ofreció á las caricias de la brisa matinal un rostro delgado, moreno, de cabellos cortos; su verdadera figura que pocas personas podían alabarse de conocer. Pasó en seguida al cuarto de disfraces, y al cabo de una hora, salió bajo la apariencia de un burgués rubicundo, pelirrojo, robusto y gallardo que tenía entrada en casa del ministro de Policía. Atravesó el corredor, fué al pasillo, y por un agujero que descubrió, miró á través de la puerta si acechaba alguno en la escalera. Y viendo que todo estaba solitario y silencioso, salió y se dirigió rápidamente hacia *El león rojo* donde, entrando en el despacho del dueño, preguntó con marcado acento provenzal :

— ¿El ciudadano Leclerc?

— El ciudadano Leclerc no vive aquí ya — respondió el posadero.

— ¿Desde cuándo?

- Desde ayer.
- ¿Se ha mudado?
- Ha marchado de París.
- ¿Y á dónde ha ido?
- Á Lión, á sus negocios.
- ¿Sabéis cuándo volverá?
- No ha dicho nada, pero no será muy pronto, porque ha pagado la cuenta y se ha llevado todo el equipaje...
- Entonces ¿no sabéis dónde podría encontrarle?
- Escribidle aquí, y le mandaremos la carta á Lión...
- ¡Ah! ¿Tenéis su dirección?
- Sí, pero nos ha rogado que no se la demos á nadie, á causa de sus acreedores...
- ¡Ah! El mocito...
- ¿Qué queréis, ciudadano? Cuando se es joven y amigo de diversiones, se suele ir más allá de lo que permite el bolsillo, y entonces, no hay más remedio que acudir á los prestamistas...
- ¡Malos bichos! ¡Pero, gracias á Dios, yo no soy uno de ellos!
- Lo creo, pero tengo mis órdenes.
- Perfectamente; le escribiré aquí. Hasta otro día, ciudadano.

Y se marchó un poco descorazonado. La rapidez con que Saint-Regeant había escapado á su persecución, era para él una prueba de que aquel á quien vigilaba estaba sobre aviso. Sin duda les había prevenido Valoris, pero si los realistas conocían á Lavernieres no conocían á Braconneau, y bajo el nuevo aspecto con que ahora se presentaba no tenía miedo de ser descubierto. Calles adelante, se alejó rumiando su decepción, ojo avizor, contando, como todo buen policía, con un azar afortunado. Y como si un instinto secreto le guiara, poco después encontróse delante del patio de

la oficina central de transportes. Una diligencia estaba presta á salir. Cargados los equipajes, los viajeros cambiaban con los parientes ó con los amigos que habían ido á despedirles, las últimas recomendaciones, adioses y abrazos. Lleno el cupé, acabados de instalarse los viajeros del interior, el empleado de la administración continuaba su cantinela de nombres llamando á los viajeros :

— ¡El ciudadano Leclerc!

Nadie respondió, y nuevamente se oyó al empleado preguntar :

— El ciudadano Leclerc ¿no ha venido?

Entonces, desde el fondo del carruaje, una voz respondió:

— Aquí está.

— ¡Ah, bueno! — murmuró el llamador —; pero no se debe montar antes de que se llame. Los primeros inscriptos tienen derecho á escoger las asientos.

— Nadie se queja — replicó la misma voz.

Y el empleado, dirigiéndose al conductor, le hizo un resumen de las mercancías colocadas en la baca con el equipaje de los viajeros. En esta ocupación se hallaba, cuando sintió que le tiraban de la manga de la chaqueta, y volviéndose, se halló frente á un hombre coloradote que, muy risueño, se dirigía á él.

— ¿Qué deseáis, ciudadano?

— Un asiento de banqueta, si queda disponible.

— ¿A dónde vais?

— Á Chalón.

— Queda una plaza al lado del conductor.

— Me conviene.

— ¿Á nombre de quién?

— De Evaristo Neufmulin, viajante en vinos, calle de San Víctor, núm. 17...

— Montad. ¿Traéis equipaje?

— Me lo mandarán mañana.

Y agarrándose á la correa que pendía del asiento, el policía ganó su sitio ágilmente no sin que, al encaramarse, dirigiese una mirada rápida al interior, donde distinguió á Saint-Regeant sentado en el rincón, junto á la portezuela. Entonces, dando gracias al dios de los polizontes que tan inesperadamente le había hecho encontrar la pista perdida, se lanzó á la delantera, y como si se equivocara de cuerno, hizo resonar la trompeta cuya tocata acompañaba siempre la salida de toda diligencia.

— ¿Os gusta el ruido, eh? — exclamó el conductor riendo á boca llena.

Y tomando la embocadura á la corneta, hizo eco á la tocada de Evaristo Neufmoulin. El pesado armatoste se estremeció y comenzó á rodar con estrépito. Sentado junto á una anciana y en frente de un oficial de infantería, Saint-Regeant no había podido reconocer en aquel viajero llegado á última hora, al vigilante que Fouché había dedicado á seguirle. Amodorrado, con los ojos á medio cerrar, veía pasar ante sí el recuerdo de la hermosa imagen de madama Lerebourg, y experimentaba un poco de tristeza al verse obligado á alejarse precisamente cuando más dulce hubiera sido quedarse junto á la mujer que amaba. Porque la amaba. Á las habilidades del primer día, cuando penetró en su casa con interés puramente político, habían sucedido las sinceridades de una pasión cada día mayor. No era ya el conspirador que hallaba útil servirse de la casa de Lerebourg para ocultar sus intrigas el que se aproximaba á Emilia; era el enamorado, que lejos de la mujer amada no veía manera de procurarse felicidad alguna. Se había apoderado de él por la belleza, por la dulzura y por la afinidad imperiosa del origen común también. Como él, era noble; sus ideas y sus aspiraciones las compartía, y el régimen revolucionario,

aunque corregido por la intervención de Bonaparte, ayudado por la lasitud de los franceses todos, no le parecía suficiente comparado con la monarquía. No había olvidado las atrocidades de Carrier, en Nantes; lo matrimonio republicanos, las básculas flotantes, los fusilamientos en masa. Aún resonaban en las profundidades de su recuerdo los clamores de guerra de los vandeanos de Stofflet y de la Rochejaquelein entrando al asalto y desembocando en terrible oleada en la plaza de Bouffay; y tampoco se le habían borrado de la memoria las atroces circunstancias en que había consentido ser la mujer de Lerebourg. De esta manera, compartiendo los sentimientos del compatriota que el azar le enviaba, no había tardado en aceptar su amor, un amor que no había podido ocultarle. Bien sabía él que era dueño y señor de sus pensamientos, y en la hora matinal en que rodaba por la carretera al trote de los cinco caballos de la diligencia, complacía en evocar la imagen de Emilia que en aquel mismo instante acaso tendría el pensamiento fijo en él, á través de la habitación de la calle de San Honorato.

Este amodorramiento le duró hasta Villanueva de San Jorge, donde una pendiente agria y larga hizo disminuir la velocidad del carruaje. El conductor, para aligerar un tanto la carga de los caballos, descendió del pescante, y lo mismo hizo Evaristo Neufmoulin. Los viajeros del cupé manifestaron la intención de desentumecer un poco las piernas, y aprovechando que el tiro se detuvo un momento para resollar, el oficial y Saint-Regeant descendieron también á la carretera polvorienta. Hacía buen tiempo, un poco fresco, de cielo claro ligeramente aborregado. El paseo era agradable por las orillas encespedadas de la carretera, y todos los viajeros se pusieron en marcha mientras el viajante de vinos decía:

— Cuando lleguemos á lo alto de la colina, vamos á tener apetito... Aún no tenemos nada en el estómago y no es muy bueno tomar el frescor de la mañana en ayunas. Me parece que una buena taza de café, con algunos pasteles, no vendrán mal... ¿eh?

— No nos podremos detener más de un cuarto de hora — observó el conductor.

— Bien aprovechado, será bastante.

— Supongo que á la hora de almorzar estaremos en Melún.

— Patria del famoso Languille, que gritó tan fuerte mientras le desollaban que su nombre ha quedado en proverbio.

Neufmulin tuvo una risa satisfecha, y miró á Saint-Regeant con aire confidencial, pero el joven permaneció impasible.

— Antes de llegar á Melún — añadió el viajante — tendremos que pasar por Lieursaint, donde fué detenido hace tres años el correo de Lión...

— ¡Voto á !... No tengáis miedo — exclamó el oficial. — Si los sinvergüenzas que detienen los carruajes públicos, tienen la audacia de enseñar la jeta... os aseguro que no se irán de rositas... Tengo mis pistoletas.

— ¿Eh? ¡Demonio! ¿Supongo que no estarán cargados? — gritó Neufmulin con gestos de espanto. — ¡No hay cosa más inquietante para los compañeros de viaje, ni menos peligrosa para los ladrones!

— ¿Dudáis de mi valor? — clamó el oficial volviendo los ojos saltones hacia el chistoso.

— ¡Nada de eso! ¡Me guardaré muy bien! Pero, cuando se dispara un pistoleta, las balas van donde quieren... y tan pronto al costado como al frente... Por lo demás, si á los señores salteadores de caminos se les ocurre atacar la diligencia en la selva de Sénart, no quedará más remedio que

acogerlos con una sonrisa, porque no son personas que gasten bromas.

— ¡Es necesario defenderse hasta la muerte!

— ¡Conductor! — gritó Neufmulin; — desarme inmediatamente á este señor, que es un temerario capaz de hacernos acuchillar! ¡Defenderse! ¿Lo decís en serio? Yo apelo al testimonio de nuestros compañeros de viaje... — Y al decir esto se volvió hacia Saint-Regeant con una interrogación tan directa en la mirada, que era imposible evitar la respuesta.

— Creo que la opinión de este señor, que es oficial, debe ser la de todo hombre de valor, y, por lo menos, es la mía.

— ¿Queréis decir que yo no soy un hombre de valor? — replicó el viajante empujándose sobre las puntas de los pies.

— Poco á poco, caballero, — respondió Saint-Regeant con indiferencia. — Yo no pretendo nada. Me habéis preguntado, y os respondo... Por lo demás, ¡al diablo la conversación! me tiene sin cuidado.

— Vaya, ya os habéis calmado... Antes parecía que nos íbais á tragar á todos... ¿Podría saber con quién tengo el gusto?...

— No es un secreto. Mi nombre está inscripto en la nómina y os lo puede decir el conductor. Pero os lo diré yo mismo: Víctor Leclerc, viajante en terciopelos y sedas...

— ¿Eh? ¡Bien dicen que Dios los cría y ellos se juntan! — exclamó Neufmulin cuyo rostro expresó una viva satisfacción. — Somos colegas. Yo viajo en vinos... vos en sedas... ¡Chocadla, ciudadano, y no se hable más del asunto! Soy un poco vivo de genio, pero tengo buen corazón.

Y tendió su larga mano á Saint-Regeant, quien la tocó con la punta de dos dedos, con cierta repugnancia.

— ¡Vaya! Ya es hora de volver al coche; el tiempo pasa, y los caballos han descansado bastante... ¡Hop! ¡Hala!

Amigo cochero, trote ligero y ramalillos flojos. ¡Tra, la, la, la!

É imitó con la boca la trompeta del conductor. En la remuda de Villanueva, afectó una gran cortesía con las señoras y quiso regalar con bollos á sus compañeros de viaje. Parecía buen hombre, y, aunque vulgarote, de trato agradable. Al encontrarse nuevamente en presencia de Saint-Regeant, insistió para convencerle de que montase con él, junto al conductor :

— Visto desde arriba, el paisaje es soberbio, creedme.

Pero el joven, excusándose con gran cortesía, resistió á las invitaciones. Tenía, según dijo, que repasar las notas de pedidos durante el trayecto, y eso le ocuparía hasta la llegada á Montereau. Sin embargo, en Melún, durante la comida, la verba graciosa del viajante consiguió decidirle, y cuando llegó la noche, los viajeros del interior ofrecieron á Neufmulin estrechase un poco para hacerle sitio, con objeto de que no fuera expuesto al relente. El viajante aceptó sin cumplidos, y se incrustó entre la anciana señora y Saint-Regeant, que eran los dos viajeros más delgados. El viaje se prosiguió sin otro incidente. En Chalón, Neufmulin y Saint-Regeant tomaron el barco, y cuando llegaron á Lión, cualquiera hubiese afirmado al verlos que eran los mejores amigos del mundo.

CAPÍTULO VIII

En realidad, Saint-Regeant no había dejado un momento su reserva; ningun secreto pudo traslucirse de las palabras cambiadas con su compañero de viaje, y ahora más que nunca, era Víctor Leclerc, viajante en sederías y terciopelos. En cuanto á Neufmulin, creyó jugar sobre seguro, pero su verdadera personalidad habíala sospechado Saint-Regeant desde el primer día, gracias al siguiente suceso : Cuando la diligencia llegó á Fontainebleau, á la casa de postas, se presentó el comisario de policía para realizar una perquisición en los equipajes de la diligencia, que le había sido indicada como portadora de armas con destino al Mediodía de Francia. Pidió los pasaportes á todos los viajeros, y, como por azar, Neufmulin estuvo fuera de la posada en el momento en que tal formalidad se cumplía. Un momento después entró furioso, lanzando palabras violentas contra el empleado de la administración que, según decía, acababa de pedirle groseramente sus papeles en medio de la corralada. Él haría de manera que atasen corto, á este funcionario; para algo era compatriota suyo el Cónsul